

Racimo de palabras de la Ribeira Sacra

# Aixa y el libro del Belén de Begonte



Belén electrónico de Begonte

**Pepe Pol**

En un punto de la costa marroquí había un fastuoso palacete circundado por un inmenso jardín. Era la morada de un moro muy rico y de su hija única Aixax, una joven de belleza indescriptible que frisaba sobre unos treinta años. La chica pasaba el tiempo leyendo, recibiendo formación de sus institutrices; dominaba a la perfección los idiomas inglés, francés y castellano y también le gustaba mucho la costura y la marroquinería, haciendo objetos de verdadero primor. Su tiempo libre lo consagraba a meditar y pasear por el jardín y, desde la celosía de

su ventana, miraba al mar; pero aunque eran muchos los que solicitaban su mano no se sentía atraída por ningún hombre.

Un día observó acercarse a tierra de bajel un pequeño yate que enarbolaba la bandera española. El barquito arribó al pantalán de la mansión. El progenitor, que también lo había visto, envió a algunos de sus lacayos para que trajeran a su presencia a aquellos osados. Así lo hicieron y, al poco, escoltaban a dos hombres de edad ya madura. Cuando entraron en el vergel, que parecía un recuerdo de Hespérides, los viajeros no pudieron evitar su asombro, pero más sería cuando vieron dirigirse a ellos al anciano árabe y

el sol de su hija, la mejor de las flores de aquel parterre.

No es que los árabes sean dados a presentar a sus mujeres a hombres, resulta que la presencia de Aixax era imprescindible por saber la lengua de los recién llegados que resultaron ser un médico naturista que venía acompañado de un pescador de Burela al que había alquilado la lujosa embarcación y el objetivo, según respondió a las preguntas de la chica, es que sabedor de que aquí tenían plantas muy diversas y exóticas venía para comprarles una cierta cantidad. Cuando la hija se lo comunicó al padre, éste aceptó y les comunicó, por medio

de la bella intérprete, que un criado les acompañaría para que tomaran cuantas desearan. Después, la joven de embozado rostro y vestido talar, marcha con su progenitor no sin poder evitar una estela de belleza que es seguida por los viajeros. Cuando creyeron tener suficientes, por señas, comunican al criado que avise al amo. Al instante, volvieron los propietarios y el comprador abrió su maletín. Los ojos del interesado moro se fijaban en las monedas y billetes, pero los de Aixa, aquellos luceros negros, se clavaron en la portada de un libro, el único que iba en el maletín y que se titulaba *El Belén electrónico de Begonte*. Entonces le dijo al médico si se lo podía vender, pero este respondió que le era imposible, que se lo había regalado una monja amiga natural de Begonte. También le explicó que él era de Ribadeo, pero que, desde hace años, vivía en Vigo.

La chica seguía interesada en el manual; el padre, como no sabía de qué hablaban, no se enteraba de que era un texto cristiano, pues él era islamista. Si le prometió el gallego de las bellas tierras del Eo que, dentro de pocos meses, volvería y le traería un ejemplar, pues él mismo, dado su interés, iría a comprárselo, pero, verdaderamente, que lo más satisfactorio sería que además de tener el libro, y dado que ella era de familia acomodada, algún día por Navidad viajara hasta Begonte. Diciendo esto, pidió perdón por darse cuenta de que ella no era cristiana. Después se despiden y Aixa va con tristeza como marcha el barquito y el hombre con el libro que tanto le había impresionado. Desde aquel día estuvo ya mentalizada de que a la vuleta de la nao tendría todo preparado para irse con ellos a Galicia; no descansa-

ba pensando en Begonte y su Belén. El padre notó el gran cambio en el visaje de su hija, pues, como si padeciera de amores, se había vuelto melancólica y triste. Una tarde, cuando paseaban por el jardín, le contó el motivo y le dijo que deseaba, con todas sus fuerzas, cruzar el piélagos y llegar a ese lugar y que, cuando en Begonte estuviera, se convertiría al cristianismo allí mismo. El padre

ensombreció su rostro con la pena de perder una hija y, con voz severa y apagada, respondió:

“Tú no lo sabías, quise guardar el secreto toda mi vida, pero ese libro te lo ha venido a hacer renacer en tu corazón. Amada hija, eres fruto del gran amor que tuve con una mujer cristiana, tu madre, a la que liberé de la esclavitud; era gallega y natural de un paraje de la llamada Terra Chá. Murió junto a mí, pero siempre suspiraba y me decía que hasta la muerte sería sierva, pues por estar conmigo tenía que rezar a escondidas, ya que nunca dejó de ser cristiana y suspirar lejos de su amada Terra Chá. Si tú quieres marchar, yo no te lo voy a impedir, pero sabes que abandonarás, no sólo el amor de tu padre, sino toda esta gran herencia, una suma de riqueza inmensa”.

A lo que la muchacha respondió:

“Gracias al Belén Electrónico de Begonte sé mis orígenes, padre, mi cariño, cerca o lejos, siempre lo tendrás y la mayor riqueza es la espiritual. De qué sirve ser riquísimo y pobre en sentimientos. Mira papá, el día que te parezca testa y deja todo a una orden religiosa, y si son trinitarios, mejor”.

Desde esa data no volvieron a comentar nada al respecto. A finales de noviembre volvió el viajero. La muchacha ya tenía la maleta preparada desde hacía tiempo y sólo le dijo al padre que cogiera dinero para pagarle el pasaje a

aquél. Cuando llegó el médico, le entregó el libro begontino como regalo. Se aprestaron, como en la vez precedente, a coger hierbas medicinales y aromáticas y, al acabar, cuando iba a pagar, el árabe, en lengua bereber, dijo que no se las cobraba y que era él quien pagaba llevándose ellos sus hierbas y su única y mejor flor, la más bella del jardín de su casa. El ribadense no entendía ni palabra, pero Aixa, que portaba una maleta, le dijo: “Acepte el oro que le entrega mi padre en pago a mi viaje hasta Begonte”. El hombre respondió que a una peregrina, y más si lo era por el Belén de Begonte, no le cobraba ni oro, ni bronce. Al progenitor se le inundaron los ojos y padre e hija se fundieron en un abrazo intermina-

ble. Zarparon rumbo a Vigo y a las pocas jornadas llegaron. En la travesía Gonzalo, que así se llamaba el médico, le confesó que era sacerdote y también galeno, pues le gustaba hacer la cura completa de las personas, en

cuerpo y alma. Una vez en la ciudad olívica, la llevó a un convento donde estaba la monja de Begonte. Ya, durante el periplo, Aixa cambió su indumentaria y puso los vestidos de línea europea para no llamar la atención. Cuando Gonzalo y el marinero vieron el rostro de la joven, quedaron asombrados. La monja, con la autorización de la superiora, tomó con Aixa un tren rumbo a Monforte donde hicieron traslado para subir a otro que les llevó a Lugo. En el itinerario la chica estaba maravillada del paisaje de Galicia, que era un jardín natural. En la capital de la provincia fueron a la parada de autobuses y tomaron la línea que iba hacia Begonte.

En breve llegaron. Entonces la monjita, sor María, le avisó de que aquella zona tan verde era Terra Chá. Aixa experimentó una incontenida emoción. En sus ma-

nos, como si fuera un rosario, llevaba el libro. Al bajarse del autocar le pidió a la hermana que, antes de entrar a adorar al Niño, había de ser cristiana. La monja le contestó que no había inconveniente, pues el sacerdote Domínguez Guizán estaría encantado de bautizarla sabiendo que se cristianizaba por el Belén de Begonte. Por nombre cristiano no tuvieron que pensar mucho y acordaron que sería Flor de Begonte. Después de recibir el agua bautismal, cuando se vio limpia y nueva, entran en el Belén y, como si fuese una niña pequeña, se cogió de su adminículo espiritual, de mano diestra de la monja. Estuvieron bastante tiempo dentro y, en su éxtasis oracional, la sor se olvidó de Flor. Al salir, comenzó a buscarla y no la encontraba, peor su mano derecha sostenía una hermosísima flor alba. No vio a la muchacha por ningún sitio y luego depositó esa flor tan singular junto a la pared de la iglesia y, ante sus asombrados ojos, comprobó

que se convertía, en pleno diciembre, en un rosal atiborrado de pétalos blancos. Marchó al convento y cuando lo contó, el sacerdote-médico comprendieron que habíase obrado un milagro.

Pasados unos años, se corrió la voz por Begonte de que andaba por allí vagabundeando un moro muy anciano que preguntaba por el lugar donde estaba el rosal sin espinas, pero un día observaron que entraba en el Belén de Begonte, y desde aquella, data, ya no le volvieron a ver.

Cuando llegó la noticia al cura de Ribadeo, dijo: "Ya la hija estará contenta, pues la vida del padre se ha evaporado de aquel lugar africano para venir a regar con lágrimas de felicidad a la flora más espiritual, la que ya será Flor de Begonte".

Y, mirando el manuel del Belén, exclamó pasando hoja: "Desde

---

ahora en adelante llevaré una maleta llena de ejemplares para repartirlos, pues gracias a este texto se producen cosas tan milagrosas como este caso que parece un cuento de Navidad, pero será ya una leyenda más que se suma a la obra que comenzó el reverendo Domingo Guizán.

Moraleja: La primavera de la Navidad hace florecer la espiritualidad en cualquier lugar donde lata un corazón que tenga fe. Por acudir junto al Supremo Padre abandonamos todo físicamente, pero los seres queridos, esos, siempre tienen un sitio en nuestro interior y aunque espacialmente estemos lejós, cuando llega el momento de que lo material se rompe, cuando queda la flor y el aroma del alma, sólo entonces, como ocurrió con Aixa y su progenitor, se encuentran para siempre viviendo el Belén del Cielo, donde ya no hay figuras de barro y sí irrompibles almas eternas.